

# Florín y Cepillo, detectives del mundillo

“La momia del faraón Tar-harí”

LUISA VILLAR LIÉBANA

*Ilustraciones de* **Federico Combi**

 **Planetalector**  
Literatura Infantil y Juvenil

## La momia del faraón Tar-harí

---

**F**lorín y Cepillo se preparaban para viajar a Egipto, donde un gran misterio los esperaba.

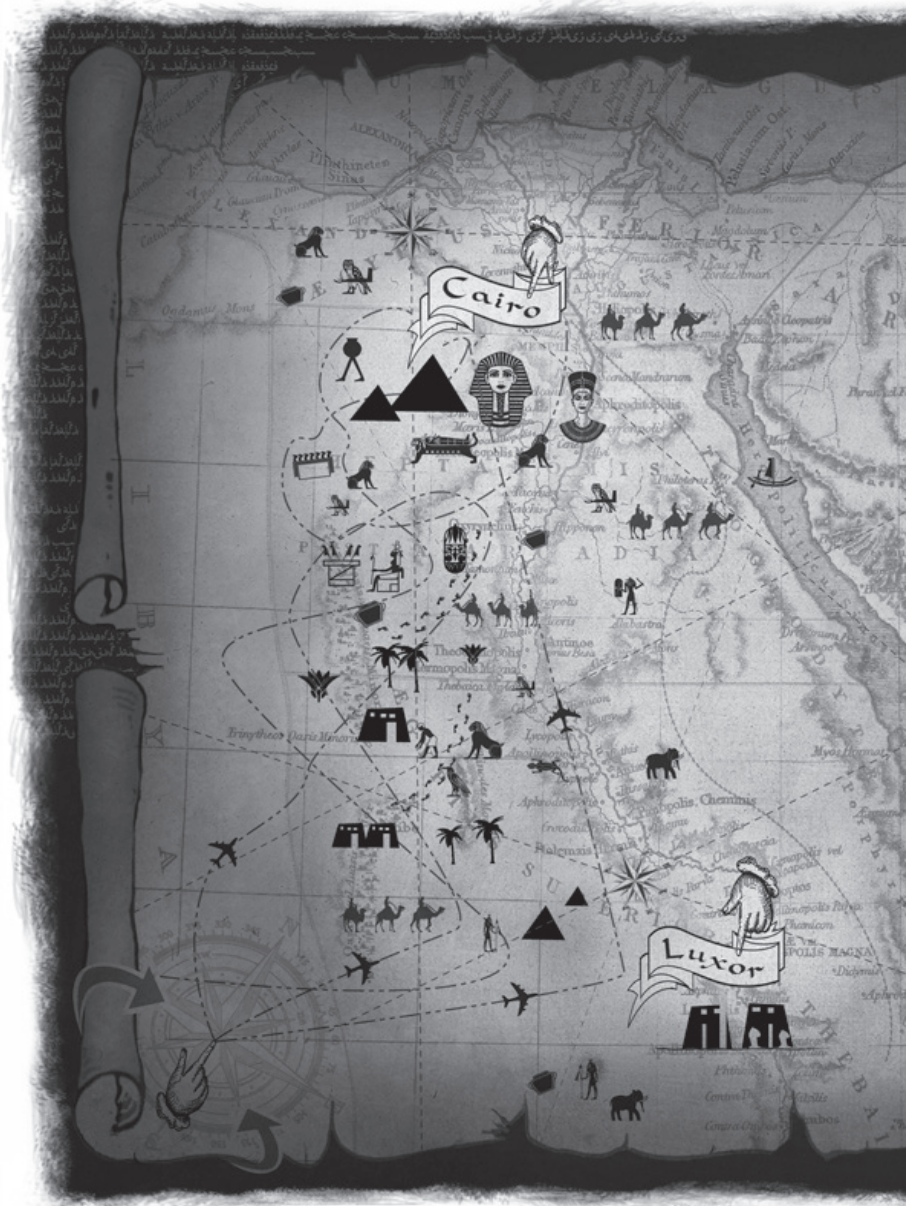
En el antiguo Egipto existió un poderoso faraón llamado Tar-harí, constructor de importantes templos y pirámides, que al morir fue enterrado en el Valle de los Reyes, bajo la gran montaña del desierto donde los faraones eran sepultados junto con sus tesoros. La tumba, oculta durante siglos, había sido recientemente descubierta por los arqueólogos y profesores Nadín y Karín, pero la momia del faraón y los tesoros habían desaparecido inexplicablemente.

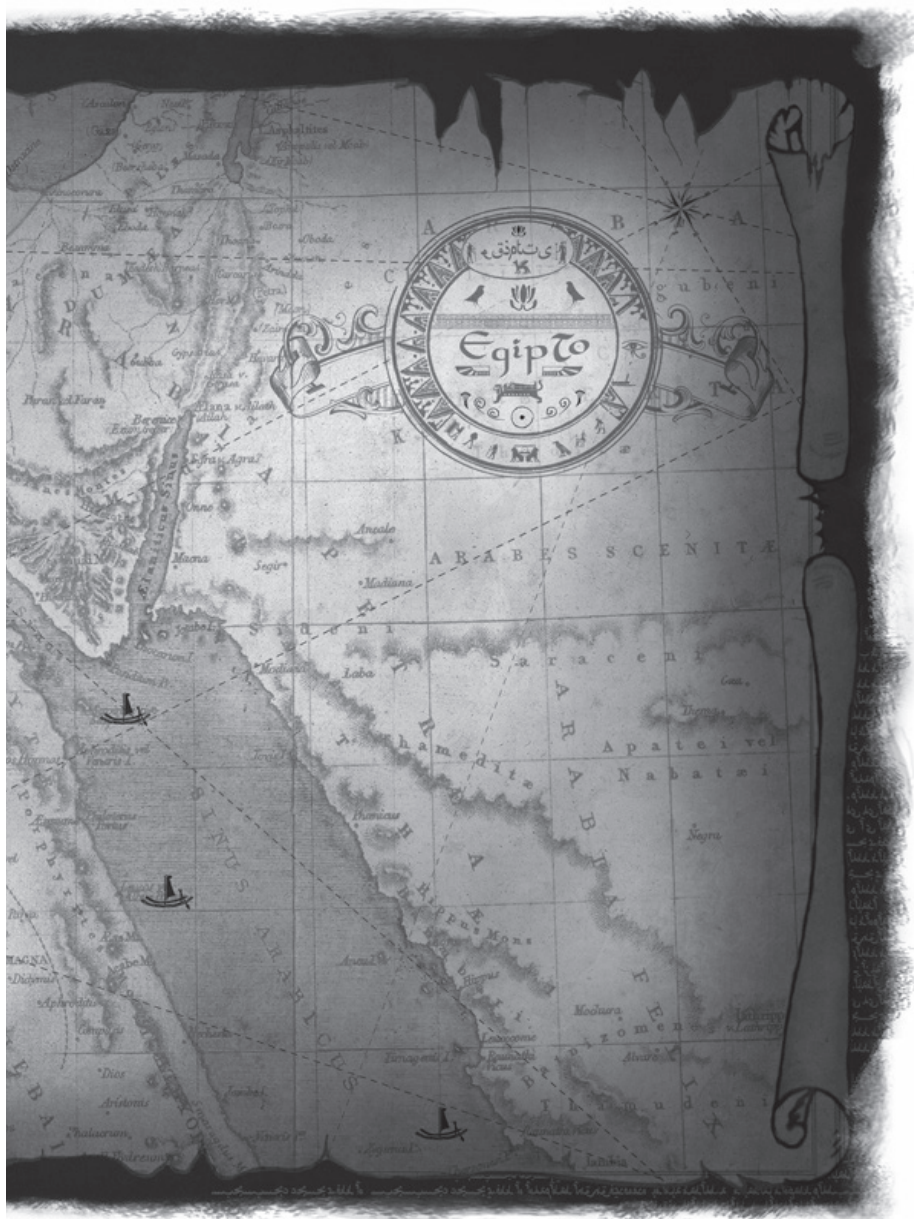
El Gobierno egipcio había pedido ayuda, y Florín y su ayudante se preparaban para tomar un avión rumbo a El Cairo, desde donde viajarían a la ciudad de Luxor para investigar el misterio.

—¿Resolveremos el caso, jefe? ¿Atraparemos a los ladrones de tumbas? —preguntó Cepillo, cepillándose la chaqueta.

—En ello pondremos todo nuestro empeño, te lo aseguro —respondió el detective—. Empezaremos a trabajar nada más llegar a Luxor.

A la región de Luxor pertenecía el Valle de los Reyes, o de los Muertos, la gran Montaña Sagrada donde la momia





y los tesoros del faraón habían desaparecido. Un funcionario del Gobierno egipcio los esperaba en la ciudad para contarles lo ocurrido y poner a su servicio los medios necesarios para moverse por el desierto.

—¿Es frecuente que desaparezcan las momias de las excavaciones? —preguntó Cepillo mientras acababa de preparar el equipaje.

—No es lo usual —respondió Florín—. A los ladrones de tumbas les interesan más los tesoros. El oro, las joyas, las piedras preciosas, incluso los objetos de arte, que luego venden en el mercado negro. Me tiene intrigado que la momia haya desaparecido en esta ocasión.

—Y a mí —dijo Cepillo—. ¿Hay algún sospechoso?

—No lo sé. El delegado del Gobierno egipcio en Luxor nos informará de eso. ¿Está ya el equipaje?

—Todo listo, jefe.

Se habían vestido con sus elegantes chaquetas de cuadros —rojos y azules Florín, negros y blancos Cepillo—. Se calzaron sus lustrosos zapatos —negros y blancos Florín, rojos y negros Cepillo— y partieron al aeropuerto.

Antes se miraron en el espejo. Florín pasó la mano peinando el flequillo, y se acarició las patillas. Le gustaba ir perfectamente vestido y peinado, acicalado en cualquier ocasión.

—¡Estamos elegantes!, ¿eh?

Los dos presentaban esa elegancia brillante y única que los caracterizaba. Cepillo era delgado, no demasia-



do alto, y con el pelo al cepillo tenía un aspecto simpático. Florín, en cambio, era alto. La primera impresión que causaba era la de un hombre serio. Y lo era.

Olvidaba el bastón. Se acercó a su colección de bastones preciosos y eligió uno negro acabado en una empuñadura con una bola dorada. Ahora sí que estaban preparados para salir.

Tomaron el avión rumbo a Egipto. Y, una vez en El Cairo, en el exterior del aeropuerto quedaron fascinados al comprobar el bullicio de la gente que se agolpaba para tomar un taxi. Hombres de tez morena vestidos al estilo occidental, y otros con túnicas y turbantes. Y mujeres con el pelo recogido bajo un pañuelo, algunas con el rostro escondido bajo velos negros.

—¡Taxi! —gritaban en vano.

La gente se adelantaba y los arrastraba a la avalancha.

—Tendrán que empujar y subirse rápidamente si pretenden ir a alguna parte —les recomendó un policía egipcio—. Los taxis son colectivos, todo el mundo empuja para pillar un asiento.

—El policía nos ha tomado por un par de turistas, eso me gusta —comentó Florín.

—Y a mí —añadió Cepillo.

Al fin resolvieron el problema. Florín extendió el bastón para abrir un hueco entre la gente, y lograron entrar en uno de los taxis.

—Al embarcadero, por favor —le pidieron al taxista.

Al cabo de unos minutos, llegaron al embarcadero y se bajaron, Florín con su maleta en la mano y Cepillo con una



mochila al hombro. Había mucha gente esperando para tomar el barco río abajo, rumbo a las distintas ciudades que se extendían por las orillas del Nilo. Entre el bullicio, un niño de aspecto harapiento, con turbante en la cabeza y cara de pillo, tiró de la chaqueta del detective.

—¡Señor!, ¡eh, señor! ¿Puedo llevarle la maleta? Sólo le costará unas monedas.

Florín se volvió hacia él.

—Con lo pequeño que eres, ¿cómo podrías llevarme la maleta? ¿Cómo te llamas?

—Saladino, aunque todos me llaman Saladito —respondió el niño—. Deje que le lleve la maleta. Mi madre y mi hermana esperan que me gane unas monedas.

—Hum. ¿Cómo lo ves, Cepillo? ¿Qué debemos hacer? —preguntó Florín.

—Lo veo mal —opinó el ayudante—. Los niños no trabajan, van a la escuela.

—Por lo visto, en Egipto no. Al menos, no todos —replicó el detective—. No está bien que el chico lleve la maleta, pero si no lo hace, no se ganará unas monedas para su madre y su hermana.

Cepillo quedó desconcertado.

—No sé qué decir. Que se gane las monedas. Pero que conste que los niños no trabajan, van a la escuela.

Saladito ya había tomado la maleta, se la había colocado sobre la cabeza y la sujetaba con las manos manteniendo el equilibrio.









—¿Adónde vamos? —preguntó caminando ya delante de ellos.

—Tomaremos el *Alkalila*, el barco que se dirige a la ciudad de Luxor —respondió el detective.

Al llegar al *Alkalila* le entregó unas monedas.

—Aquí tienes unas monedas, te las has ganado. Y ahora adiós. Cepillo y yo tenemos que embarcar. Te deseamos mucha suerte.

—Gracias, señor —respondió el niño.

Los supuestos turistas entraron en el barco y tomaron posesión de sus camarotes. Hacía mucho calor. Se quitaron las chaquetas y se vistieron de manera ligera, como correspondía a las altas temperaturas: pantalones cortos y camisa de algodón de manga ancha. Se sentaron en la terraza del barco junto a otros pasajeros y pidieron dos refrescos helados mientras el *Alkalila* navegaba río abajo.

Florín conservaba un antiguo reloj de cadena, por lo que solía llevar chaleco con un pequeño bolsillo para guardarlo. En esta ocasión se trataba de un elegante chaleco también de cuadros, en cuyo bolsillo se colocó un pañuelo de seda blanco a modo de adorno, como un floripondio, no sin antes limpiarse con él el sudor de la frente.

—¡Uf! ¡Qué calor! —exclamó mientras se abanicaba.

—Es el calor del desierto, señor —comentó un camarero sirviendo los dos refrescos y un plato de dátiles de Egipto por gentileza del *Alkalila*.



—¡Qué placer viajar por el Nilo, a pesar del calor! —exclamó el detective, metiéndose un dátil en la boca.

Cepillo sacó de la mochila un libro que Florín le había dejado para ponerse al día sobre el país que visitaban: *Faraones de Egipto*. «Va siendo hora de echar un vistazo a la historia del poderoso faraón Tar-harí —se dijo—. Al fin y al cabo, la misión que nos ha traído aquí es encontrar su momia y sus tesoros.»

Empezó a leer, mientras su jefe contemplaba el paisaje de huertas a ambos lados del Nilo, las casitas con las fachadas de colores, las palmeras... De pronto, le empezó a entrar un sueñecito placentero.

—Bonito paisaje y deliciosos dátiles... Hum. Zzzzz.

Se quedó dormido.

Según los antiguos egipcios, leía Cepillo, los faraones no podían entrar en el cielo sin sus tesoros, por eso los enterraban con ellos. Cuanto más importante era el faraón, mayor debía ser el tesoro. Se suponía que en la tumba del poderoso Tar-harí se encontraba un tesoro gigantesco, fabuloso, descomunal.

—¡Sí que hace calor! —exclamó.

Levantó la cabeza para beber un sorbo de refresco, y se dio cuenta de que parte de los dátiles que antes les había servido el camarero habían desaparecido. Eh, ¿qué había pasado? Si él no los había probado aún y el jefe dormía, ¿qué había ocurrido?

Una mano salió del lado opuesto de la mesa y se dirigió al plato. Cepillo simuló dormir con un ojo medio abierto, y observó cómo unos ágiles dedos se deslizaban por la bandeja y se llevaban un delicioso fruto.

—¡Te pillé! ¿Quién te ha dado permiso para comerte mis dátiles? —preguntó mientras atrapaba la mano del ladrón—. ¡Saladito! ¿Qué haces aquí? Tu madre y tu hermana se preocuparán si no regresas a casa en El Cairo.

—¿Qué ocurre? —Florín se despertó con el jaleo.

—¡Ay! —El niño retiró la mano—. ¿Me contratas como ayudante? —le rogó al detective—. Sólo te costará unas monedas.

—Como ayudante, ¿eh? Eso no es posible. Cepillo es mi ayudante. Y los niños no trabajan.

—En Egipto, sí —replicó Saladito, resuelto.

—Pues no deberían —intervino Cepillo—. Y ahora ¿qué hacemos con el chico, jefe?

—No lo sé. —Florín se puso la chaqueta—. Viajará con nosotros a Luxor. Naturalmente, pagaremos el pasaje, no queremos que el capitán del barco lo eche por la borda, ¿verdad, Saladito? Una vez en Luxor, regresarás a El Cairo.

—Yo podría ser un buen ayudante —insistió Saladito.

Por fin el barco llegó a Luxor, la antigua ciudad de Tebas, donde Florín y Cepillo esperaban entrevistarse con el funcionario del Gobierno egipcio. Abandonaron el *Alkalila* y Saladito los siguió.



Un hombre con un bigote ancho y negro, vestido de chófer al estilo occidental, con uniforme de botones dorados y gorra de plato, se les acercó.

—¿Los señores Florín y Cepillo, detectives del mundillo?

—Sí.

—Me llamo Mohamed y seré su conductor a partir de ahora. He dejado el auto en la entrada del embarcadero. El señor Omar les espera en el Café del Bazar.

Alguien tiró de la chaqueta de Florín.

—Ah, Saladito, eres tú. ¿Qué vamos a hacer contigo? —exclamó el detective—. Quiere ser nuestro ayudante —aclaró, sonriendo—. Pero eso es imposible. Perdone, Mohamed. Antes de entrevistarnos con el señor Omar, debemos poner a este muchacho en un barco de vuelta a El Cairo, donde vive su familia. Será un momento. Cuestión de comprarle el pasaje.

—Me temo que no será tan rápido —habló Mohamed—. El próximo barco para El Cairo es nocturno.

—Viajar solo en un barco nocturno no es recomendable para un niño de su edad —opinó el detective—. La idea no me gusta.

—Ni a mí —añadió Cepillo.

—A él no le importará. Estos chicos están acostumbrados a todo —opinó Mohamed—. A no ser que quieran esperar hasta mañana.

—Saladito podría quedarse con nosotros esta noche y tomar el barco mañana —sugirió Cepillo.

—De acuerdo. —Florín tocó el hombro de Saladito con la punta del bastón—: Tatatatatatá. Esta noche te quedarás con nosotros en el hotel y mañana tomarás un barco diurno —le anunció. Luego encogió los hombros—. En fin. ¡Qué le vamos a hacer! Subamos al vehículo.

Se subieron al todoterreno de Mohamed y recorrieron las abarrotadas calles de Luxor hasta el barrio del bazar, cuyas tiendas exhibían sus artículos: pantuflas, especias,

camisetas, lámparas... Había tanta gente por todas partes que el conductor no dejaba de tocar la bocina.

*Piiiiii, mec, piii, piii, piii. Meeec, mec...*

—Ya estamos en el café —anunció al llegar.

Florín y Cepillo se bajaron del todoterreno, y Saladito y Mohamed permanecieron en sus asientos.

Un montón de cabezas y miradas se volvieron hacia los dos supuestos turistas cuando entraron en el local. Todos los allí reunidos eran varones que fumaban en pipa, vestidos con túnicas y turbantes, excepto el señor Omar, que iba con traje occidental. Al verlos se levantó.

—Bienvenidos a Egipto —dijo, y les ofreció su mano—. Soy Omar, delegado del Gobierno para este lamentable asunto. ¿Les apetece una pipa?

—No, gracias. No fumo, nunca he fumado, y mi ayudante tampoco —Florín rechazó el tabaco.

—Tampoco yo —sonrió Omar—. Quizá les apetezca un refresco helado. ¡Camarero, dos más de canela!

El camarero les sirvió los refrescos y Florín y Cepillo se dispusieron a amortiguar con ellos el calor de Luxor. No hacía menos calor que en El Cairo, todo lo contrario. La estancia en Egipto iba a ser *calentita*.

—Como ya saben por el correo electrónico que les mandé, la momia y el tesoro del emperador Tar-harí han desaparecido —dijo el delegado del Gobierno.

—¿Hay algún sospechoso? —preguntó rápidamente Florín.



—Sí. Los señores arqueólogos Nadín y Karín —respondió Omar.

«¿Nadín y Karín descubren la tumba del faraón y la roban? Qué extraño. Hum», pensó el detective, acariciándose las patillas.

—¿En qué basan las sospechas? ¿Tienen alguna prueba? —preguntó Cepillo.

—No. Pero los arqueólogos descubrieron la tumba; sólo ellos sabían cómo entrar en ella para llevarse el tesoro. Además son cuñados, trabajan juntos: creemos que están coludidos.

—Me gustaría entrevistarlos cuanto antes —solicitó el detective.

—Por supuesto —aceptó Omar—. Actúen con discreción. Tar-harí fue uno de los grandes constructores de Egipto. Es admirado y venerado por todos, y la gente aún no sabe que la momia y el tesoro han desaparecido. Nos gustaría recuperarlos antes de que la información salga a la luz.

El delegado del Gobierno exhaló un suspiro.

—Nadie debe saber que el famosísimo investigador internacional Florín y su ayudante Cepillo se encuentran aquí para investigar. Por eso les he citado en este discreto café. Aunque temo que sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Florín.

—Usted, señor Florín, conoce nuestra lengua —dijo Omar.

—Y mi ayudante estudia para conocerla —añadió el detective—. Resolvemos casos en todo el mundo, el conocimiento de las lenguas es fundamental.

—Desde luego —asintió Omar—. Florín y Cepillo, detectives del mundillo, son conocidos en el mundo entero. Aquí en Egipto también, por eso no será fácil mantener su estancia en el anonimato. ¡Camarero! ¿Tiene un periódico digital?

El camarero lo miró extrañado.

—¡Oh! ¡Qué estúpido soy! Precisamente soy yo quien tiene el periódico digital, lo he traído a propósito.

Sacó una tableta de un bolsillo, manipuló la pantalla con los dedos, y en ella apareció *El Sol de Egipto*, el diario más popular de la ciudad, con las últimas noticias que se habían producido. Omar se lo mostró a Florín, y éste a Cepillo, que también leyó la noticia que aparecía a una columna en la página central.

*El señor Florín y su ayudante Cepillo, detectives del mundillo, se encuentran entre nosotros. Esta mañana han sido vistos en El Cairo tomando un barco hacia Luxor. Se ignora si han venido a Egipto en calidad de investigadores, para resolver un caso, o si se trata de un viaje turístico. Les mantendremos informados.*

—Ahora todo el mundo sabe que están en Luxor —comentó Omar—. Oficialmente, se encuentran aquí para hacer turismo. Nadie debe conocer lo sucedido hasta que el teso-

ro y la momia del faraón hayan sido recuperados. Entonces informaremos a los medios de comunicación.

—De acuerdo —aceptó el detective.

—Los sospechosos aún no han sido trasladados a El Cairo —continuó hablando Omar—. Se encuentran retenidos aquí, en la Delegación del Gobierno.

—¿Detenidos?

—He dicho «retenidos». Pueden visitarlos cuando gusten, aunque un montón de periodistas han rodeado el edificio del hotel donde ustedes se alojarán. Esos condenados reporteros han logrado averiguarlo y temo que los sigan. Preferiría que se entrevistaran con ellos en otro lugar.

—El templo de Luxor es una maravilla, podríamos visitarlo. Allí los profesores pasarían desapercibidos.

—Es una excelente idea —reconoció Omar—. Unos agentes acompañarán a los arqueólogos al templo a las siete. Así, ustedes podrán descansar antes en el hotel. El vehículo y el conductor quedan totalmente a su servicio.

Se levantó, los acompañó hasta la puerta y les entregó una tarjeta:

—Si necesitan algo, me encontrarán en este número.

—De acuerdo. Gracias, señor Omar —dijo Florín, consultando el reloj.

No quedaba mucho tiempo. No obstante, les haría bien pasar por el hotel y darse una ducha antes de ver a los sospechosos.

Mohamed les abrió la puerta trasera del todoterreno y pusieron rumbo al Gran Hotel Luxor, con sus dos columnas en la entrada, de impresionantes altura y anchura, acabadas en la cabeza del faraón Tar-harí, el más grande de todos los tiempos.

—¡Guau! —Cepillo lanzó un silbido al contemplar las columnas—. ¡Tremendo pedazo de hotel!

—¿Qué hacemos con Saladito? —preguntó Mohamed.

—Ah, sí, Saladito. ¿Qué hacemos con él? Eso me pregunto... —respondió el detective—. Por el momento seguirá con nosotros. Luego ya veremos.

—Hoy compartiremos habitación. ¿Qué te parece? —preguntó Cepillo al niño, sonriéndole—. ¿No es genial?

—Sí. ¡Genial! —repitió Saladito.

Se bajaron del vehículo. Florín cargó con la maleta y Cepillo con la mochila. Saladito empezó a andar sin separarse de ellos. Al entrar en el vestíbulo, la lujosa lámpara los deslumbró. Allí todo era lujo y grandiosidad, como en tiempos de los faraones.

—¡Guuuuu —exclamó el niño.

El interior era fastuoso. Una gran escalinata y lámparas brillantes por todas partes. Se registraron en el mostrador; el recepcionista les entregó las llaves de las habitaciones y les indicó dónde se encontraba el ascensor.

—¡Ay! Saladito, Saladito... Deberías estar en El Cairo con tu familia —le reprendió Florín en el pasillo de la planta, a punto de introducir la llave en la cerradura de su habitación.

—En El Cairo, no —replicó el niño.

—Ah, ¿no? ¿No te esperaban en El Cairo tu madre y tu hermana? —le preguntó el detective.

—En El Cairo, no —insistió el niño.

—Entonces ¿dónde? ¡Ah! ¿Qué vamos a hacer contigo, Saladito? Bueno. No hay tiempo para resolver esto ahora: tenemos una cita, y algo me dice que esos arqueólogos, Nadín y Karín... No sé. Hum...